

LA ERMITA DE SAN ANTONIO ABAD, EN LAS PALMAS, PARA HONOR DE ESPAÑA, DEBE SER DECLARADA MONUMENTO NACIONAL

Al Excmo., Sr. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

En la brumosa lejanía de los siglos, allá por el año 1492, los anales de la Gran Canaria nos recuerdan el paso por sus playas de tres frágiles carabelas con la insignia morada del pabellón de Castilla, y capitaneadas por el espíritu inverosímil y aventurero de un italiano: Cristóbal Colón. Estas carabelas, que dos meses más tarde lamían con sus espolones las saltarinas aguas marinas del más grande de los continentes descubiertos, hacían escala en el antiguo puerto de refugio de la Isleta, para reparar una de ellas, *la Pinta*, el timón, que tres días después de la salida del puerto de Palos sufría la avería de dicho eje de gobierno, que le imposibilitaba seguir la ruta con las demás embarcaciones.

Este es el primer tropiezo que sufre la arriesgada expedición, patrocinada por la augusta reina de Castilla. En los proyectos de Colón no figuraba, ni mucho menos, este grave percance, y ante la inminencia de un fracaso ruidoso si proseguían el viaje llevando a *la Pinta* sin gobierno, deciden, tras múltiples esfuerzos, llegar a la para ellos tabla de salvación en el inconmensurable Atlántico, el archipiélago de las Afortunadas y en él a la isla de la Gran Canaria, única de las conquistadas hasta entonces.

De no haber surgido esta isla por mandato imperioso de la Naturaleza, ¿hubiese Colón descubierto América? No lo sabemos, ya que nuestra fantasía no puede volar al infinito remoto de aquellos tiempos. Pero es lo cierto que, si la Gran Canaria no hubiera existido, ¿cómo iba Colón a reparar el timón de *la Pinta*? Fue con madera de aquellas islas, de aquellos robustos pinos que cubrían como un oasis sus montañas, de donde surgió el anhelado trozo para poder guiar *la Pinta*, labrado y pulido por la ciencia de unos canarios, que aportaban a la causa de la madre patria lo único que en aquellos momentos hacía falta: madera. La madera que, en una sonriente mañana, la del 12

de octubre, guiaba la Pinta y hacía exclamar a un marinero de dicha nave el jubiloso y rotundo grito: ¡Tierra!



¿Fue el trozo de pino de los bosques de las Afortunadas quien condujo la carabela hacia tierra, o fue, por el contrario, la voluntad inquebrantable de un hombre? Sea una u otra la causa, a la Gran Canaria cábele la gloria de haber sido la mediadora en este descubrimiento, del suceso más grande que fuera realizado desde el cristianismo.

En aquel entonces fue cuando la ciudad de Las Palmas acogía en su seno casi misterioso hasta entonces al genial navegante, brindándole las caricias de su clima y de sus especies.

La ciudad se componía en su pequeña estructura de unas calles, muy pocas, con casas cuyo estilo era una mezcolanza de español y primitivo guanche.

En una de esas casas, regia para aquel entonces, y durante los dos días que tardó en repararse *la Pinta*, vivió Colón. Al fondo de la calle donde se encontraba enclavada dicha casa sentaba sus cimientos una ermita, la de San Antonio Abad, la primera construida en la ciudad, y que brindó al marino genovés y todos los suyos la exaltación sublime de la fe de Cristo, dándoles el tesón férreo para no fracasar en la empresa emprendida. Esta iglesia, que el peso de los años ha ido envejeciendo, sólo como recuerdo de tan fausto acontecimiento, guarda en una de las grietas de la fachada una sencilla lápida: Aquí

oró Colón: 1492. Esta lacónica expresión es lo único que nos prueba la realidad del hecho, ya que en la actualidad el más negro manto de olvido la cubre, al tener cerradas sus puertas, enmohecidas tal vez por las injusticias de los hombres.

Las Palmas, diminuto grano de arena en el Atlántico y ruta obligada de América, que en la arquitectura de su ciudad moderna no encierra ninguna joya artística que poder ofrecer a los que, ávidos de Arte y emociones, cruzan los mares para conocer la vieja España, tiene vedado a la curiosidad lo que los pueblos más grandes quisieran guardar en sus recintos, una ermita donde a más de Colón oraron otros navegantes, como Juan Sebastián Elcano, Américo Vespucio, Hernán Cortés...

El tesoro nacional religioso atraviesa en los actuales momentos una ola de desequilibrio tan grande debido a que espíritus más o menos comerciales, cegados por la codicia del dinero, ofrecen nuestros tesoros a manos extranjeras, yéndosenos lo que más puede hablar de nuestra gloriosa tradición. Aunque por causas bien distintas á las arriba apuntadas, Las Palmas sufre una injusticia. que nosotros vemos con pesar, cómo la ermita de San Antonio Abad cierra sus puertas a la fe popular y a la curiosidad de los miles de turistas que diariamente la contemplan como algo *inhallado* é imposible, debido a que un obispo, barriendo los derechos de todo un pueblo, ha cedido la ermita a la comunidad de

las Damas Catequistas, las que como cosa propia la han cerrado para realizar sus cultos particulares, no permitiéndose, no ya la visita de extranjeros, sino también a los del país, que no pueden acudir al santo oficio de la misa en dicho templo, habiéndose, además, prohibido, desde que dichas damas la poseen indebidamente, los festejos a San Rafael, que se venera en dicha ermita y el vecindario celebraba anualmente, debido todo la voluntad de un obispo y la pasividad de un pueblo, que no exige. Como es su deber, a que la ermita, su máspreciado tesoro, se abra, nuevamente al público, ya que ninguna entidad puede apropiarse lo que el pueblo llama, con legítimo orgullo, suyo.

¡Ermita de San Antonio Abad, donde unos hombres impelidos por la fe de Cristo llegaron a realizar la epopeya más grandiosa del mundo! Ermita bajo cuyas bóvedas has sentido resonar los pasos de los más grandes navegantes, y que entre los faldones que cubren tus testeros guardas prisionero el eco de aquellas voces que al cielo pedían apoyo y suerte; para ti yo pido de los poderes centrales y en particular de los señores ministro, de Instrucción Pública y del de Justicia y Cultos este último que ya te conoce se te dé elpreciado galardón de monumento nacional, para que de nuevo tus puertas se abran a la contemplación del pueblo y de los turistas que te visitan.

José LUIS G. ALVARADO

1930